

Popayán, la ciudad blanca. Es verdad, el centro de Popayán conserva su pasado arquitectónico colonial pulcro. De procesiones religiosas organizadas, gente blanca, camionetas BMW, iglesias imponentes y trajes de gala. ¿Cómo así? Y entonces, ¿dónde están los desplazados? ¿Dónde están las víctimas? ¿Es esta la capital de la región que vio nacer a varias de las guerrillas protagonistas de ese conflicto? ¿Dónde están los indígenas y el campesinado? ¿Dónde están las mujeres víctimas de violencia sexual con quiénes vinimos a hablar?

La respuesta: a veinte minutos en bus de donde nos estábamos quedando. Una distancia que esas mujeres sienten todos los días al ser marginalizadas del gran esplendor payanés, esplendor que realmente sólo puede ser atribuido a unos cuantos. Ellas chocan con esa imagen pulcra de la capital. Todas ellas se configuran como un grupo heterogéneo de individuos, pertenecientes a etnias diferentes, provenientes de zonas distintas y portadoras de una historia particular. La ciudad blanca no comprende a todo lo que es Popayán, mucho menos a todo lo que puede encontrarse en el Cauca. Pero las mujeres cuyas historias hemos querido representar sí lo son. Son una muestra representativa de la diversidad cultural de la región, de su pasado y presente violento.

Queremos que sus historias se vuelvan los colores con los cuales se pueda manchar esa pulcritud. Queremos sustituir la blancura con la que se ha asociado la capital del Cauca con un cuadro lleno de pigmentos que invite a la reflexión, a la compasión y al cambio.



Estos Relatos que usted tiene en sus manos son una reescritura hecha por el Grupo Las Troyanas de una serie de denuncias hechas en Cauca durante las “Jornadas de denuncia colectiva” que hace la Red Nacional de Mujeres Víctimas y Profesionales. Sin embargo, las historias con las que se va a encontrar no sirven para dar datos exactos, ni para reconstruir una verdad única sobre la violencia sexual en Cauca. Por el contrario, estos Relatos de Cauca buscan que usted se fije en las pequeñas obsesiones que se reflejan en las denuncias y que nosotras, como Troyanas, tratamos de captar y señalar con nuestros escritos. En los Relatos está el peso del silencio, de la raza; el movimiento incesante que implica la huída, el desplazamiento; el rechazo de los familia; la complicidad de los testigos. Los Relatos son cuentos y por eso busca que usted se los deje echar, que se identifique y que entre en este diálogo que las Troyanas le queremos proponer.

Red de Mujeres Víctimas y Profesionales

Pilar Rueda
María Pierina Lucco
Ángela María Escobar

Grupo Las Troyanas

Natalia Angarita
Luisa Chaparro
Lucía Gallón
Gabriela Guerrero Alonso
Libardo Gómez
María Eugenia Lombardo
Jimena Martínez Argüello
Lina Vanesa Ortega
Aura María Ramírez Cortés
Daniela Zuluaga
Valentina Rincon

Diagramación, diseño e Ilustraciones: Identidad DP. Ricardo Álvarez Gallego

Con el apoyo de:

Embajada Británica
OIM – Organización Internacional para las Migraciones
Programa de Reintegración y Prevención del Reclutamiento Forzado
USAID – Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional

Este publicación fue posible gracias al apoyo del gobierno de Estados Unidos de América a través de su Agencia para el Desarrollo Internacional (USAID). Sus contenidos son responsabilidad de sus autores y no necesariamente reflejan las opiniones de USAID, el gobierno de Estados Unidos de América, de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) y de la Embajada Británica.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Primera edición: Bogotá, septiembre de 2017



Embajada Británica
Bogotá



Organización Internacional para las Migraciones (OIM)



Red de Mujeres
Víctimas y
Profesionales



Relatos del Cauca



El grupo Las Troyanas es una iniciativa estudiantil que trata de forma literaria la violencia sexual en el conflicto armado colombiano. Nuestro deseo es dialogar con un fenómeno aparentemente ajeno y distante. Queremos poner el tema en discusión; que se escriba, lea y reconozca. Por lo mismo, buscamos distanciarnos del formato de los informes académicos y las denuncias judiciales. Queremos hacer uso de la literatura para que el dolor, la pena y la confrontación sean transmitidas más allá de las cifras y los nombres exactos.

Estos Relatos de Cauca surgieron de las pequeñas obsesiones que están presentes en las denuncias y que nosotras, como Troyanas, captamos y señalamos en nuestros escritos en un esfuerzo por que usted pueda reflexionar sobre ellas. En los Relatos no encontrará cifras ni años concretos, pero sí lo que es vivir bajo el yugo silencio, de la raza; la angustia y movimiento que implica la huida, el desplazamiento forzado; el rechazo de los seres queridos; la complicidad de la comunidad. Los Relatos son cuentos y por eso busca que usted se deje interpelar por ellos, que se identifique y que entre a dialogar con ellos.

Agradecemos enormemente el apoyo y acompañamiento de la Red de Mujeres Víctimas y Profesionales. Queremos dar gracias a la Universidad de los Andes por darnos un espacio, fomentar el ejercicio de nuestro trabajo y apoyarnos en su realización.



Silencio

En su pieza no había televisor, por eso entró a la mía.

- Linda, ¿me dejas ver televisión acá?

Yo me corrí y le hice espacio en la cama.

- ¿Y me dejas cambiar el canal? - Dijo, mientras le cogía el control.

Luego de cambiar canales un rato le subió el volumen al televisor. Muy duro. Tan duro que si mi mamá hubiera estado en la casa seguro me regaña. El volumen me estaba molestando, me retumbaba en la cabeza, pero me quedé callada. Nunca he sido de las que les gusta hablar, mucho menos quejarse, ¿para qué? Yo mejor me ahorro los problemas, las discusiones.

Por eso fue que me sorprendí cuando empecé a gritar. Gritaba tan duro que parecía que estaba intentando pasar el volumen del televisor. Pero no sirvió de mucho tampoco, a pesar de que yo gritaba con todas mis fuerzas, el televisor ahogaba mis gritos.

Cuando se fue apagó el televisor. Yo ya había dejado de gritar y el silencio se lo tomó todo. Un silencio que me pesaba en los oídos y que se quedó conmigo incluso cuando empecé a llorar. Llegué llorando a donde mi papá, pero no le dije nada. Las palabras ya no me salían, ahora el silencio se lo tragaba todo.

Hablar. Hablar luego de eso es difícil y más si uno es de las que no les gusta pelear. Más cuando el silencio ya te atrapó y aunque duele en cierta forma también reconforta. El problema es la gente alrededor, ellos se dan cuenta cuando a uno le pasa algo. Por eso le conté a mi mamá al final. Ella me lo sacó. Unos meses después fue ella la que me animó a denunciar. Pero lo mismo, uno abre la boca y es para problemas. Mejor me hubiera quedado callada, así me ahorra la angustia de tener que andar por este pueblo amenazada. Lo mejor que uno puede hacer es dejar que el silencio se lo tome

todo. Si no, todo termina siendo inútil, como intentar superar el volumen del televisor a punta de gritos.



*Las
Troyanas*

Lina V. Ortega



Para mamá

Tunja, 12 de mayo de 1999

Mamá,

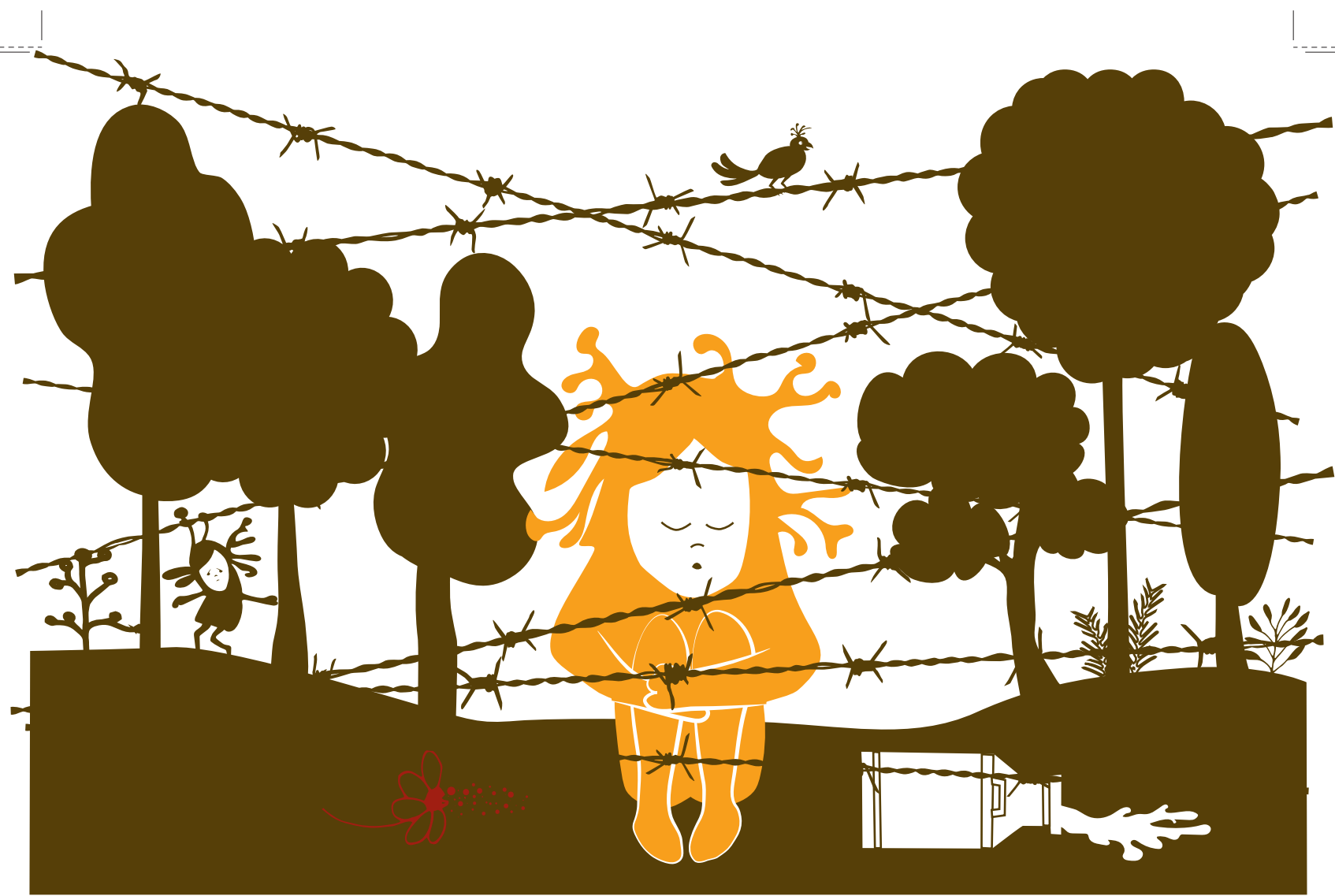
Esto es algo que quería contarle hace mucho rato y por favor perdóneme por decirle hasta ahora, pero es que no había podido hablar, no podía entender por qué a mí no me hicieron nada y a mi hermana sí. ¿Por qué me demoré en escribir? no sé, sólo sé que ya ha pasado mucho tiempo, que estamos lejos, pero que es algo que no puedo callar más y que sólo puedo expresar escribiendo.

Yadira y yo ese día íbamos a dejar leche en la casa de los patrones, ahí, por la Vereda Terminal, donde los López. Usted sabe que tocaba pasar un broche cerca al monte, y a mí ese camino me daba mucho miedo, porque era oscuro y siempre habían personas raras y hombres uniformados, entonces miraba y miraba para todo lado. De un momento a otro se nos apareció un señor, yo lo veía y veía su uniforme, sus botas, todo, pero él sólo veía a mi hermana. Le dijo que él operaba allí, que era parte de la Jacobo Arenas, que para dónde íbamos, y ella, usted sabe que siempre ha sido más valiente que yo, le respondió que a dejar leche al pueblo, que qué quería. Mamá, en ese momento vi cómo las pupilas de ese señor se agrandaron cuando le gritó que la quería a ella, yo no podía dejar de verlos, pero escuché unos pasos y cuando volteé la cabeza vi otros hombres que nos rodeaban, vi cómo mi hermana movía su cabeza para mirar pa' donde coger, pero sus ojos no encontraban escapatoria, y los míos, menos. Y es que decían cosas muy feas, mamá: que eso que le iba a hacer era para que nunca se olvidara de él, para que quedara marcada para toda la vida. Entonces vi cómo cogió a mi hermana del brazo, muy fuerte, vi cómo la empezó a besar y vi cómo sus manos, grandes y sucias, tocaban todo su cuerpo, todo. Pero fue en este momento en que mis ojos, al igual que el resto de mi cuerpo, dejaron de moverse, simplemente no se podían despegar de aquella imagen:

ese hombre se bajó el pantalón con un movimiento rápido y, sin dejar de mirarla a los ojos, le arrancó su sudadera y su ropa interior y pues pasó, pasó eso que nadie quería que pasara, pasó eso que usted nunca le creyó. Después de unos minutos se paró y como si nada se fue con sus compañeros, sí, como si no hubiera pasado nada. Yo no podía parar de llorar, ni un sólo segundo, no podía hacer nada además de llorar, se lo juro. Yo no entendía nada, ¿por qué ella y no yo?, ¿por qué me dejaron ahí parada mirando todo eso? Mamá, fue horrible, ellos sólo se reían a carcajadas y decían: "todas las virgencitas tienen que pasar por las manos del patrón", pero a mí no me hicieron nada, nada de nada y sigo sin entender por qué. Por qué si las dos éramos iguales, por qué si las dos estábamos ahí solas, por qué si éramos las dos unas niñas. Y rieron y rieron hasta que se escabulleron entre el monte.

Claro que decidimos devolvernos a la casa lo más rápido que pudimos, mamá, pero mis ojos veían todo distinto ahora, ella misma se veía distinta. Yo no podía dejar de ver a Yadira, no podía dejar de preguntarme por qué a mí no me hicieron nada, mientras que a ella... Apenas llegamos a la casa, me encerré en mi cuarto a llorar, esta vez no vi, como cuando vi todo lo que le hicieron a mi hermana, pero escuché todo: escuché cuando ella desconsolada y perdida le contaba a usted lo que le había hecho ese señor, cómo sangraba, escuché cuando le preguntaba qué tenía que hacer y escuché que usted no le creía nada de lo que ella decía, usted simplemente la dejó ahí, tal como ellos me dejaron a mí mirando todo.

En esas, entre lágrima y lágrima me quedé dormida. Esos días tuve pesadillas interminables, veía una y otra vez lo mismo, la veía a ella día tras día y sé que ella también me veía pero no era capaz de hablar de eso, ella no quería que dijéramos nada. Yo la quería con todo mi corazón, y no sé por qué usted no le creyó, no entiendo. Y también sé que debí haber hablado antes de que usted la echara



de la casa por lo del embarazo, el embarazo que fue culpa de ese señor, pero no podía, de verdad no podía, no me salían las palabras. No aguanté más, me fui, me fui con Alonso, a buscar una nueva vida, pero tenía atragantado todo esto, no podía seguir así y tenía que contarlo, tenía que escribirlo.

Mamá, perdón la demora, perdón el silencio.

De: María



Las
Troyanas

Valentina Rincón

Mucho cuento, por mucho tiempo

En medio de las densas montañas del Cauca, entre cultivos de café y coca está Paloblanco, poblado en donde nuestra historia toma lugar. En este pueblo los problemas no faltaban, el calor asediaba y una hermosa mujer, llamada Deisy, vivía ahí.

En un día como cualquier otro, sucedió que un príncipe del Uraba llegó. Era alto, blanco, de ojos grandes castaños, estaba en la flor de la vida; sin duda era muy buen mozo. Todos lo llamaban "El político". Le gustaba que la gente lo distinguiera así. De príncipe no sólo tenía la pinta y gracia, sino también su terrible carácter despótico. Rápidamente entró en el pueblo de forma violenta y disruptiva. Con ayuda de su temido ejército se posesionó como soberano, rey de Paloblanco. Legitimado únicamente por la fuerza, disfrutaba desplegar su poder con vehemente brutalidad.

Después de que tomó al pueblo, todos perplejos y atemorizados, empezó a hacer reconocimiento minucioso del lugar y de las personas que lo habitaban. "Desde hoy voy a ser el rey de

este poblado, quien diga lo contrario se las verá conmigo y con mi ejército." Con las grandes armas y las desgraciadas caras de sus soldados, nadie osó en cuestionarlo. La libertad y tranquilidad de los habitantes de Paloblanco murió ese día.

Eventualmente llegó al puesto de Deisy. Al verla el nuevo rey sintió algo fuertísimo, el deseo más grande que jamás ha experimentado. Un hechizo para él, una maldición para ella. Demente ante tal estado anímico, impulsivamente, decidió que ella sería su mujer. La mujer sin conocerlo, pensó que era tan solo un encaprichamiento de su nuevo rey. Un gesto inofensivo. Sin embargo, a medida que pasaron los días, el político gastaba más y más tiempo en la tienda, a la vez casa, de Deisy. En compañía de su ejército hacían grandes banquetes llenos de trago, música, baile, impetuosas conversaciones, peleas con carcajadas, orinadas, dormidas y despertadas. El establecimiento quedaba desabastecido y puerco hasta el techo. Sin contar que

siempre pedía específicamente que fuera Deisy quien los atendiera. Inesperadamente, un día (que todos esperaban sino que no sabían cuándo ocurriría), el político decidió que lo mejor para su "relación" era que él se mudara definitivamente a vivir con ella. Incluso montó una guardia real para su reina, un séquito de toscos vigilantes.

A las malas terminó siendo su mujer. Deisy no lo quería. No disfrutaba de su compañía, de sus palabras, de sus besos, de sus atenciones, de sus caricias; la presencia del político sólo sembró en ella el mayor desagrado que una mujer pueda sentir hacia un hombre. Al comienzo todos en Paloblanco pensaban que Deisy era afortunada al recibir las preferencias del rey político. Con el pasar del tiempo, cada día la iban compadeciendo más; a la vez que le agradecían su sacrificio.

Durante los años de reinado del político, una terrible peste azotó a Paloblanco. Nadie sabía qué era. Los ánimos de las personas eran lúgubres, las sonrisas eran cada vez menos frecuentes y la

espontaneidad desapareció por completo en los actos cotidianos. Ya nadie disfrutaba de nada, a muchos y muchas los consumía un deseo incesante por desaparecer. Únicamente se hacía lo que el rey político dictaba. Deisy enfermó también. Pero por su familia y su pueblo fingía estar bien. Se pensaba a sí misma como la reina, mártir, responsable de proteger a su reino de su terrible rey. Soportaba las mezquindades y las inoportunas caricias para proteger a su gente.

Un día aconteció que:

-¡Con la lengua, cuide la lengua porque con ella se mete en problemas! ¡Con la lengua, cuide la lengua porque con ella se mete en problemas! Deisy despierta en su casa y ve al político afuera de la habitación gritando a alguno de sus soldados. Y pluf! Sentada en la cama, llega como el aire, ligero, un recuerdo como revelación. Un regalo. Una verdad que se fue olvidando por tanta enfermedad.-



Despierta nuevamente, estaba soñando que soñaba. Y aunque no tenía claro cuál había sido todo el sueño, el regalo lo conservaba, el nombre de la terrible enfermedad y la cura a este. MIEDO, ese era el nombre de la terrible peste que azotaba a Paloblanco. La brujería del miedo que en un momento les hizo creer, a todos, una mentira. ¿Cómo? El miedo no permitió a nadie ver. La gente veía lo que el político quería que vieran, mas no lo que tenían al frente. Era como haber vivido durante muchos años bajo el escenario que el político con la magia del miedo les pintó.

La cura contra el miedo fue el coraje que la verdad le dio a Daisy. La única forma de romper el hechizo era con el músculo más fuerte del cuerpo; no es el corazón, sino la lengua. La palabra dio fuerza y redención a Paloblanco, teniendo como líder a Daisy, para librarse del terrible político. ¿Cuál era la verdad del rey? Un hombre, como cualquier otro, lleno de miedos, inseguridades y muchísimos traumas y dolores que lo llevaron a ser una criatura tan terrible. Un hombre

con un alma deforme, hedionda y en podredumbre. Un hombre que se quiso esconder bajo los ropajes de la barbarie que lo hicieron verse como príncipe, después como rey. Deslegitimado lo que es por su misma brujería del miedo.

Deisy sonríe después de muchos años. “¡Pero qué! ¡Es un embustero! ¡Qué príncipe! ¡Qué rey político! ¡Qué nada! ¡Sólo un hombre desgraciado al que le hemos comido cuento por mucho tiempo!” Ríe de sí misma, porque siempre lo supo y todos lo saben.

Las palabras verdaderas de Deisy llenaron de coraje a su pueblo. La ilusión desapareció al mismo tiempo que la peste de miedo. Dejaron de vivir la fantasía de otro, y ahora viven su propio cuento.



Las
Troyanas

Luisa Chaparro

No es una manta nocturna

Que le temas a la Oscuridad
cuando corte tus
pezones
con sus pestañas
en la cama que te sujeta
para que sepas que Ella no
no es una manta nocturna
-son cuatro párpados-
es
es tus iris al revés
mirándote
cuando apagan
esa única vela
del cuarto de Dora

las paredes de Popayán
hoy te cuentan
mientras recuerdas que tu sonrisa le contaba
a Dora,
en ese cuarto,
cómo te habían hecho profesora,
(y tú y ella, tu sonrisa
en ese cuarto:
Morales, Cauca, donde las dos vivían)

convivían
y observan que
que toc-toc
hoy golpean y que
hoy (aún) entran
sombras de dos hombres verdes
atávicos
selva
*que te dicen con un revólver en el oído que te explayas
sobre la mesa de una pieza alejada de la sala y que ahí te
pongas cola de pato frente a las paredes de todo Morales en
Cauca a la que te arrastran los dedos de martillo y de cañón*
de martillo y de cañón
que ahí Morales te queda tan tan lejos cuando
una de sus bocas de dientes de moscas te queda tan
y tan
cerca
tu paladar y tu lengua se llenan y rellenan
de moscas que te raspan con
ventosas
y la forma de la trompa te besa
las encías
de tu entrepierna
piensas



es tu primera vez
trepando un bastón
de mando
y tu ingle es
guardamonte
sin disparo
y sabes que Dora es
la única
que intuye

*que le temes a lo Oscuro cuando llega a tus pezones en la mesa
de Morales para que sepa que Él no es una manta nocturna*
y ahora piensas bajo Popayán
-cuando la lámpara
se enmudece en este día antiguo-
que nunca habías visto
tras su estertor
no, no miraste
que los senos de Dora
eran igualitos
a los tuyos



María E. Lombardo

La oigo llorar

La oigo llorar todas las noches cuando paso al lado de la tienda donde la tienen guardada. La oigo llorar desde hace más de cinco noches, y parece que le aguardan más lunas de llanto a la pobre criatura. No entiendo por qué la trajeron, éste no es lugar para una niña.

Veo cómo su mirada tiembla cuando mira a mis compañeros. En sus ojos se ve la súplica que les pide, les implora, que no le vuelvan a hacer daño. Que dejen de mirarla tanto. Que la regresen a su familia a salvo. Que la dejen volver a su casa a seguir siendo una niña, una que va al colegio con sus amigos. Pero para mis compañeros ella no es una niña. No. Ellos no ven cómo le tiembla el cuerpecito cuando la cogen en sus manos, cómo los golpea con sus manitas finas, delgaditas y suavécitas. No oyen tampoco cómo llama a su "mamita" todas las noches para que le quite el miedo, el malestar, el dolor y el frío. Tampoco oyen cuando, llorando, pide que su "papito" la cuide de estos hombres malos, que la perdone, que ella no ha hecho nada malo. No. Para mis

compañeros ella no es una niña, porque éste no es lugar para niñas.

Éste no es lugar para una niña. Aquí todas somos mujeres milicianas, compañeras en la lucha, mujeres de la revolución. Aquí nos entrenaron para perder el miedo, para que no nos temblara la mirada ni suplicáramos por nada que no fuera morir por la patria. Aquí nuestros cuerpos se hicieron grandes, fuertes y robustos gracias a la selva y a los disparos. Aquí nos pusieron un fusil entre las manos y nos enseñaron que nadie nos puede hacer daño, que aquí se nos admira y se nos respeta. Aquí se nos puso las botas para poder atravesar montes, ríos y pueblos sin miedo. Aquí somos mujeres de la guerrilla, no niñas, porque éste no es lugar para niñas.

Pero yo también fui una niña. Yo también iba al colegio con mis amigos. Yo también tenía familia. Yo también miré con ojos temblorosos al hombre que me iba a hacer daño. Yo también sentí que mi cuerpecito se iba a romper en las manos de ese hombre. Yo también intenté defenderme,

pero mis manitas no le hacían daño a ese hombre. Yo también llamé a mi "mamita" y a mi "papito" para que me salvaran de ese hombre. Nadie llegó. Sólo estábamos yo y ese hombre. Así que me uní a la guerrilla y, con mis pequeñas manos, intenté tomar un fusil. Con el tiempo ellas se volvieron más grandes y más fuertes, yo me volví más grande y más fuerte. Ya no podía ver en mí a esa niña pequeña y asustada, porque ahora estaba en un lugar que no es para niñas asustadas.

Yo también fui niña y por eso, cuando la oí llorar, fui en su ayuda: corrí hacia la tienda, no me importaba nada, sólo quería que la dejaran sola, que la dejaran tranquila, que no le hicieran daño. Porque yo también lloraba por las noches, yo también fui abusada. Pero, por más que uses el uniforme, por más que te llamen camarada, la verdad se mantiene tanto aquí como afuera: ellos son los hombres y uno tan sólo una niña. Y a las niñas que faltan el respeto toca darles duro para que aprendan: un golpe en la cara me recordó eso.

Oigo a la niña llorar todas las noches cuando paso al lado de la tienda donde la tienen aprisionada. Me toco el labio. Aún me duele, aún me arde.

Sigo caminando.



Las
Troyanas

Lucía Gallón



Espantapájaros

Quando llegaste, cuando trajiste tus manos
para untarlas de panela
(esa calorina alejada
de las venganzas de tus muertos),
para untarte el hocico y llegar a mi rostro;
cuando sacaste las cuerdas tras tomar
bajo mi techo fue cuando te dije:

Aquel tronco al que como espantapájaros
me ajustaste los brazos
bajo la bóveda del cielo
(como apogeo en sus estrellas),
aún sobrevivirá:
rechaza mi rugido.

Ese tronco que
como pájaro de espanto
como ruta en serranía
como caña del desierto
nos obliga a mirar mis uñas desnudas
de los pies (o las pezuñas)
que descansan de los hongos de la sierra
y de intrusos

sin las cuerdas que me diste
estas manos de rancia madera
contra el tronco licencioso:
y tú, el libre caza-panela,
vas de pie.

Este tronco
separado del mundo de los árboles
y de mi techo
donde los oídos oían sin doler,
donde yo no iba a aullar ecos, cual
murciélago,
para que quisieras
tajarme las orejas:
solo había que ser yo
para que tú, los libres,
pidieran mi panela.

No lo sabes:
este sexo
este sexo fungicida
que me obliga
a cruzar los pies

cuando se pega y se despega
el sexo con panela.
Estas orejas que me quedan
para oír mientras conozco
el ruido de las ranas,
el ruido de algún cuento
de la vereda que se aleja.
Los truenos de este cielo
sobre el tronco al que me atas
mientras desde otro leño
perdido entre aspas
de tu incendio
mi amor llega
a darme techo;
mientras me callo la jeta
y me quedo por fuera
de mi cuento.



Las
Troyanas

Libardo A. Gómez



Esos ojos

Siempre me molestó que dijeran que mis ojos eran de ratón, dizque pequeñitos, dizque juguetones. ¿Cómo un ojo es juguetón, ah? En fin, con mis amigas del Tambo jugábamos a cambiar nuestros nombres por el de las láminas de animales que traen las chocolatinas Jet. Yo era la ratona, Luz era la serpiente, Carmen era la cotorra, Gloria el elefante y así, cada una más fea que la anterior. *¡Pero es que los animales no siempre son dulces! ¿lástima, no?*

Tiempo después, de camino a la tienda del barrio me topé con unos ojos oscuros como un hueco y grandes como una ballena, pero eran tan intensos que me parecieron los ojos de un águila. Esos ojos de águila pronto me siguieron a todas partes, pronto descubrí que estaban llenos de dolor, ojos de odio, llenos de odio, un odio que jamás entendí. Y pronto esos ojos adultos de águila me arrebataron de todo lo que yo conocía. De un momento a otro olvidé el nombre de mis amigas y terminé borrando sus rostros. Así empecé a sentirme sola.

Un día descubrí que estaba embarazada. Pensé que el embarazo detendría tantos golpes, tantas burlas y tanta humillación, *¡qué equivocada estaba!* Ahora en el cuartico solo cabíamos mi mirada, esos ojos locos de jaguar y mis hijos. Hijos que los odiosos ojos me obligaron a abandonar. Hijos que de seguro me odian, hijos que tienen su misma mirada, ojos de odio y locura que nunca me hablan, pero me miran con odio, hijos con esa mirada que no me lloran, hijos con esa mirada de animal bestial que me odia. Ojos que pronto se convirtieron en legión, no importaba dónde estuviera, esos miles de ojos de bestia salvaje oscuros, grandes. Ojos que crecieron y se burlaron de mí. Hijos llenos de odio en sus ojos y locura que ahora me mandan a callar. Esos ojos llenos de odio me prohibieron llorar. Esos ojos de odio que se repite en mis hijos, aunque ellos eviten mi mirada, porque son ojos llenos de locura y enojo que me niegan la mirada, reprueban mis actos (como reprobando que exista), me empujan, me apartan a pesar de ser todo lo que tengo. Esos ojos de pequeños jaguares que engullen mi mirada de ratón, o lo

Sola con esos ojos de águila y sola con mis ojos diminutos de ratón. ¡Era horrible! ¡Desagradable! Me gritaban, me hablaban, me golpeaban, eran ojos que querían lastimarme. Esos ojos poco a poco me encerraron en un cuartico diminuto, tan pequeño como mis ojos de ratón. Esos ojos llenos de odio eran iguales a los de una fiera indómita. Me decía que yo era suya –sus ojos repetían con locura que yo era suya. Esos ojos locos llenos de odio querían devorar mi mirada de ratón. Eran ojos locos que de tanto odiar se transformaron en ojos de jaguar, ahora eran más oscuros, más grandes y más odiosos. *¿Unos ojos bestiales? Pues sí, así eran.*

Yo le pedía que se detuviera, le imploraba que parara, que no teníamos que acabar así. Pero uno entiende tarde las cosas. Esa mirada loca de jaguar jamás dejaría de odiarme. Esos ojos llenos de odio solo buscaban asfixiar mis lágrimas y angustias. El ratón estaba a merced del jaguar. La fiera era abusiva, agresiva, un animal lleno de odio y el ratón no entendía por qué.

que queda de ella. Unos ojos de jaguar que se comieron al ratón y no querían que contara su historia.



Las
Troyanas

Libardo A. Gómez



Éramos cuatro

Cuatro desde pequeñas.
Cuatro al crecer.
Tres cuando nos dañaron.
Una sola después de que se fueron.

Yo no vi,
no sentí,
no sufrí como ellas.
No sabía lo que les habían hecho.
No podía saberlo
o, al menos,
eso me dijeron.
Esa noche nadie durmió,
nadie dijo nada,
nadie se movió de la cama.
Mis hermanas compartían el silencio
y, yo,
yo solo las miraba.

No se llevaron nada,
decían que no se podían dar cuenta.
No les pregunté nada,
no me contaron nada.

Supe que llegaron bien,
que no iban a volver,
que las habían marcado.

Me levantaba en la noche,
me acostaba en el día.
No dormía.
Estaba sin familia,
sin ellas,
sin mis hermanas.

Ellos empezaron a venir
una vez al mes,
una vez cada quince días,
una vez a la semana,
una vez cada tres días,
una vez al día.

Eran dueños de mi comida,
de mi agua,
de mi casa,
de mi vida.

¿Por qué me quedo con el silencio?
Como si todos los lugares fueran diferentes,
como si pudiéramos huir,
como si con callar se pudiera olvidar,
Ellas ya se fueron,
Ellas ya no están.

No sé nada, solo datos vacíos.
Necesito hablar,
hablar por ellas y por mí,
por lo que no sé y ellas no quisieron denunciar.



Las
Troyanas

Jimena Martínez Argüello



Desde el vientre

No había rastro mío.
Ella todavía no sabía lo que se avecinaba.
La casa sola, ella sola.

Era él, delgado, alto, muy alto, y sus ojos grandes y oscuros,
a través de los ojos de ella, ya me miraban, sabían lo que ocasionaban.
Era ella, asustada, culpada, llena de ira.

Empecé a sentir desde ese instante cruel, amenazada por el odio y el deseo.
No estaba a salvo.
Ni ella, ni yo estábamos a salvo.
Poco después ella tuvo que contar, no podía ocultarme más.
Escuché risas, risas burlonas, cuchicheos que retumbaban en el interior de las entrañas que ocupaba.
Fue luego confusión... más odio y reproche.
Reproche por mí y por la invasión.
Nadie entendió su dolor, sólo yo que lo recibía a diario.

Los demás: los vecinos, la familia, nos daban la espalda.
La señalaban, la juzgaban
Ella sólo quería abandonarme, sin embargo no lo hizo.

Yo ya estaba creciendo, ya tenía casi todo perfecto.
Escuchaba más clarito...
¡Muuuuu!

Agudicé el oído y escuché el relinche de otro animal.
Ahora ella, ¿dueña de una vaca y un caballo?
¿A cambio de qué?
¿Acaso se enmienda el daño con una vaca? ¿¡Con una vaca!?
Esa es la retribución a su dolor.
Nos daba una vaca y todo quedaba saldado, pensaba él.
Pensaron todos.

Bueno, no todos.
A sus jefes no les pareció suficiente.
un mesecito después y ¡Booom!,
un arma, un sonido intenso que me dio, irónicamente, tranquilidad.
Pude por primera vez sentir comodidad, ella me permitiría estar un rato más.

Aunque la gente nos acusó finalmente se había ido él, se había ido para siempre.
Con él se fue también la cachetada, la navaja y el rencor, todos esos recuerdos que nos traían dolor.

Apenas nueve meses y parecía toda una vida
Por mi parte, me aferré a sus brazos y a su pecho.
Me aferré a ella.
Por su parte, me sostuvo, sabía ahora que sanaría su dolor.





Desde adentro

Adentro nada es un paraíso.

Está oscuro, pero hay mucho ruido, los oídos están atentos, alerta, algo se cayó, ¿o lo tumbaron?, ¿mi marido preguntan?, no, no, no, la boca grita descontrolada y los ojos observan cómo lo golpean, lo amarran, lo raptan, no puedo hacer nada. Paramilitares, así se llamaban. ¿Quiere que la amansemos?, dicen. El fusil me acalla, pero no siento nada.

Todo pasa tan rápido, pero a la vez tan lento y siento que ya nada me cubre, ya nada me ampara. Las manos no saben qué hacer más que moverse frenéticamente, esperando que eso impida algo, pero no surte efecto. Siento sus miradas, dos pares de ojos, penetrantes, inermes, mientras el otro me ataca, el interior se desgarran. ¿Ahora quién sigue, quién quiere?, escuchan los oídos que pregunta quien que me ataca junto a todas sus risas macabras. Si usted habla o dice algo, nosotros vovemos, y

fuera de las entrañas". Solo el miedo me cubre, solo el miedo me ampara.

Ya no más. Ahora manarán de la boca cicatrices habladas.

acabamos hasta con el nido de la perra. A nosotros no nos tiembla la mano. No tenemos pesar de hacerle daño ni a nuestra mamá. El miedo me embarga, el cerebro exclama.

A su partida las piernas se arrastran, como pueden llegan a la otra casa. La boca sesgada, con la huella del fusil impregnada, pide ayuda aún lastimada. De donde antes salían gritos, ahora sólo mana sangre.

Y pasa el tiempo, la cicatriz sana —¿lo hace en realidad?—, pero la boca sigue callada, luego el útero se percata: hay algo creciendo dentro de él, pero no exactamente dentro, no está donde se supone que debe estar, está cerca, pero afuera. Duele, arde, escuece, allí dentro nada para. ¿Qué pasa? ¿Ectópico? Qué palabra más rara. El útero escucha llamadas, pero no son dos, sólo es una, lamentos que versan con triste tonada: "recuerdo cuando éramos dos, cuando éramos sanas, ahora sólo hay una, y todo está



Las
Troyanas

Natalia Angarita



La Denuncia

La señora Constanza me dijo que cogiera el bus verde con amarillo, que me bajara en el almacén de verduras después de pasar la calle, que preguntara si no sabía en dónde estaba, que no me descuidara, que estaba en la ciudad. Menos mal que hoy me dio permiso de faltar al trabajo. Dijo que por un día se podía encargar de su casa.

El bus se demoró mucho en pasar y menos mal que logré sentarme porque tenía mareo. Mientras llegaba a la Sala de atención al usuario de la Fiscalía, jugaba con el papel en el que me habían anotado esa dirección. Lo doblaba una y otra vez. ¿Qué pasaría si se me perdiera? ¿Qué me harían si ellos se dieran cuenta de lo que estoy haciendo? Igual que esa vez, tengo ganas de orinar. La diferencia es que hoy sí puedo ir al baño. Ese día tuve que orinar en un árbol. La culpa fue de las ganas de orinar. Si hubiese ido al baño en la casa de la patrona, no hubiese tenido que parar en la montaña, no me hubiesen agarrado por la espalda, no me hubiesen tapado los ojos y sabría quiénes fueron esos desgraciados.

No tuve que preguntar por la oficina, sino sólo por la calle principal. Antes de entrar, reviso de nuevo que no se me hayan quedado los papeles de la anterior denuncia, ni la billetera, ni la cédula, ni la plata del pasaje de vuelta, ni el celular, ni las llaves, ni la sombrilla, ni el esfero, ni el cuaderno y mucho menos el papel higiénico. ¡Entra Claudia! ¡Por favor, entra!

Paso por el detector de metales. Pregunto por el baño. Necesito ir al baño. Abro la puerta. Es un baño elegante, de esos que parecen de muñecas. Reviso que no haya nadie extraño. Uno no puede confiar. Reviso que tampoco alguien se esté escondiendo en el cubículo. Cierro la puerta. Todo fue culpa de las ganas de orinar. Reviso que no haya nadie que me quiera hacer daño y me siento en la taza. Abro la puerta. Me lavo las manos, me hecho agua en la cara, me miro en el espejo. Trato de arreglarme el pelo, de acomodarlo hacia atrás. Me miro de nuevo. Todas esas arrugas no estaban hace cinco años.

Regreso a la recepción. Pregunto qué debo hacer y la señorita me pregunta que por qué vine, que hace cuánto sucedió, que si tengo pruebas, que si hay testigos. Me asignan un turno: hay cinco personas por delante de mí. Me siento a esperar. Tengo de nuevo el papel de la dirección en las manos. Lo doblo varias veces, trato de hacer alguna figura, pero el papel ya está dañado, el papel ya no me sirve.

Me llama la persona del filtro y después de cerrar la puerta de su oficina me pregunta mi nombre y mi cédula y luego empieza: que por qué vine, que hace cuánto sucedió, que si tengo pruebas, que si hay testigos, que por qué no había hecho la denuncia antes, que si sabe mi familia, que si me quedó algún daño. Después de todo eso decide que el caso sí debe ser evaluado por la Fiscalía. Me manda con el receptor de denuncias.

Voy a otro pasillo y sigo teniendo el papel en las manos. Tengo que esperar casi quince turnos. Esta vez me llaman por mi nombre y me paro rápidamente; no quiero que nadie lo escuche de

nuevo. El receptor de denuncias me pregunta cómo estoy y, de inmediato, que por qué vine, que hace cuánto sucedió, que si tengo pruebas, que si hay testigos, que por qué no había hecho la denuncia antes, que si sabe mi familia, que si me quedó algún daño. Dice que todavía no puedo irme, que tengo que ir a la oficina de asignaciones.

Sigo el pasillo y llego a la oficina de asignaciones. Ya no hay turnos, sino una fila muy larga. Dejo guardando el puesto y voy al baño; nunca más volví a aguantar las ganas de orinar. Regreso y me doy cuenta de que la fila no se ha movido. El papel que tengo en las manos empieza a romperse de tantas veces que lo he doblado. El funcionario de asignaciones, sin ningún reparo, me pregunta: ¿A qué vino? ¿Por qué hasta ahora? ¿Tiene cómo probarlo? ¿Le dieron incapacidad?

Me asignan un fiscal y después de cinco horas de espera empiezo a declarar. Son las mismas preguntas, son las mismas repuestas. La diferencia es que ahora estoy muy cansada. Hoy



he contado esa misma historia cinco veces ¡Cinco veces! Me tapo la cara. Ya no aguanto más. No puedo respirar. La que transcribió el caso me trae un vaso con agua y me acompaña a la salida.

— Me he tragado todo esto por cinco años —le dije.

— ¿No hay nadie que pueda venir a recogerla? —preguntó con tono salamero— No deberían dejarla sola y menos con esa clase de denuncias.

— Mis hijos solo saben del desplazamiento. No saben lo otro. No saben lo que me hizo ese guerrillero— le dije mirándola fijamente a los ojos.

— ¿Quiere que vote ese papel que tiene en las manos? Ya quedó registrada la dirección en la declaración.

— No. Gracias.

Cuando llego a mi casa ya todos están comiendo. Mi hijo mayor me ayudó todo el día a cuidar a sus hermanos. Me siento con ellos en la mesa, pero no les dije nada.

— ¿Cómo le fue, mamá? —me pregunta el mayor— ¿Nos van a ayudar a recuperar nuestra casita?

— Bien, me fue bien —le respondo.

— ¿Revisó la declaración? Me contaron que a veces no escriben todo lo que uno les cuenta, mamá.

— No, mijo. Usted sabe que no puedo hacer eso. Solo puse mi huella y ya.

— ¿Será que me dan permiso leer la denuncia que hizo, mamá? Debería revisarla.

— Ni se le ocurra acercarse por allá, Alberto; se lo estoy advirtiendo. Yo soy la única que puede estar pendiente de eso. Más bien, siéntese y coma.



Las
Troyanas

Jimena Martínez Argüello

Control

Lunes de correr por los campos de flores
Martes de soñar hasta que te infartes
Miércoles de brillar como los girasoles
Jueves de cantar siempre que te mueves
Viernes de salir con mis amigos hasta que reviente
Sábado de a todos les agrado
Domingo de ¿qué pasará conmigo?

Lunes de pantalones azules
Martes de pollo con algunos tomates
Miércoles de fuera sólo mientras el sol caliente sus corazones
Jueves de no salgas porque te espera lo que más temes
Viernes de correr mientras puedes
Sábado de te bañas a mi lado
Domingo de ¿qué pasa conmigo?

Lunes de mi cuerpo hace parte de las zonas comunes
Martes de sus ojos están en todas partes
Miércoles de sólo nos quedan unas latas de frijoles
Jueves de sólo sonrío por instantes breves
Viernes de hablar ni te atrevas
Sábado de hasta mi camino lo tiene trazado
Domingo de ¿qué pasó conmigo?

Él



*Las
Troyanas*

Aura María Ramírez Cortés



Como una chucha

Cuando la vi sola supe que no la íbamos a matar. Ella estaba terminando de arreglar la cocina, se notaba que hace poco se había ido el marido. Sólo eran ella y el muchachito, lo tenía durmiendo sobre el mesón de la cocina mientras ella terminaba el oficio. Menos mal, el problema siempre se arma si hay machos de por medio. Pero solas, el riesgo no es la muerte. Es otro. Los compañeros se les entran a la pieza, hacen lo suyo y salen. Eso es todo. Luego nos vamos y ellas se quedan; lloran, no miran, no dicen una palabra.

Así es la guerra en el monte, ni modo.

—*Buenas noches, compañera. ¿Nos puede permitir el uso de la cocina para hacerle algo a la tropa?*

Cómo va a decir que no. Somos cien fusiles sobre ella. Cien fusiles hambrientos, cansados, con el enemigo en los talones.

—*No vayan a cocinar con esa leña. Está mojada. Usen el gas. No hay problema.*

La vida se trata de conocer cuando se está bien o mal parado. Si uno se ve hasta el cuello, se queda quieto. Hay que ser como las chuchas. Hacerse la muerta para dejar de recibir los escobazos. Así me tocó a mí.

La tropa llegó a mi casa cuando tenía doce. Mi papá, traque que por paraco. Mi mamá, traque que por puta. Mi hermano, que traque por envalentonado. Y yo, quietica. Esperando. Esperando mientras me cogían los hombres, mientras se me montaban encima, mientras me llevaban al campamento, mientras el comandante me decía que era su favorita, mientras me crecieron las tetas y la panza, mientras ya no le gusté y me mandaron al frente, al frente con los muchachos.

Así le tocará a ella. Bueno, algo así. No se llevan a las viejas.

Se nos hizo de noche haciendo el sancocho. No es fácil cocinar pa' tanta gente. Fui a buscarla para darle un plato, pero no quiso. Dijo que

Termina de limpiar y deja el trapo sobre el mesón. Nosotras nos adueñamos de su cocina y nos ponemos a hacer un sancocho, con harta papita y yuca. Sólo había dos gallinas para todos.

Ella recoge al muchachito, estaba en una canasta de mimbre, lleno de cobijas, durmiendo tranquilo. Sale de la cocina y cruza hacia la tiendita. Tiene que atravesar sola los veinte metros que hay entre la casa y la caseta al lado de la carretera donde tiene la tienda. Se pone a atender con cien fusiles encima. Le vende a la tropa Dolex, Bon bon bum, cerveza. No les habla si no tiene que hacerlo. No los mira. Atrás, con las cajas de cerveza, tiene al muchachito. Se puso a berriar. Va hacia él, lo calma, lo trae al frente y le da del pecho mientras espera, sentada.

—*Si quiera no nos dijo nada. Cuando no ponen resistencia no corren riesgo.*

—*No toca ensuciar la cocina.*

—*Bueno, sí. Pero solo con el sancocho.*

estaba bien, que ya había comido.

—*¿Le parece bien si la tropa duerme en el pasillo? El pasto está mojado y no todos cabemos en las carpas.*

—*Atrás también se pueden hacer. Hay pasto recogido para el ganado. Es más calientico.*

Se fue derecho a la pieza. El muchachito en la mano, la vela en la otra. Cerró con fuerza y puso el pasador. La luz de la vela se podía ver por entre las vigas de la puerta.

Tengo los ojos sobre la luz y le pido a Cristo que no la apague, que la noche se pase rápido, que amanezca la vela consumida. La miro bien fijo y pido que no me coja el sueño, que mientras mis ojos estén abiertos la luz esté prendida. No quiero que el niño lllore. Que todo se quede quieto, quieto, quieto.

—*¡Ahí viene la plaga! ¡Todos, arriba, en marcha! ¡Toca volar!*



Me desperté apresurada a ponerme las botas, alistar la maleta. Había que volar, volar como tantas veces. Cuando ya estaba lista, salí corriendo por el pasillo. Por los afanes, se me cayó el vaso. Me paré a recogerlo y la puerta estaba allí, abierta, oscura. No la cuidé, me quedé dormida. Cuatro muchachos salieron arreglándose el pantalón. Avancé unos pasos y la vi, tendida en la cama, abrazada al muchachito. Quieta, sin hacer nada; muerta como una chucha molida a escobazos.



*Las
Troyanas*

Daniela Zuluaga